

# Paddy ha muerto, viva Paddy

Dolores Payás

El pasado 10 de junio se celebró el segundo aniversario de la muerte de Patrick Leigh Fermor (Paddy a todos los efectos). Un estremecimiento de emoción recorrió sus filas de fans y amigos. Hay legiones, diseminadas por el mundo, y la red mantiene la olla en ebullición. Abundaron los mensajes, el intercambio de fotografías, de anécdotas y recuerdos. Gracias a la rigurosa biografía de Artemis Cooper, ahora se conocen más detalles, matices antes ignorados. Del escritor, del hombre (ah, esa hilarante carta en la que se explaya sobre sus *cangrejos venéreos...*), del agente infiltrado en la Creta ocupada. El recuerdo de Paddy florece, se cubre con nuevos brotes de verdor. Su ausencia física -ya no está en posición de exigirnos discreción-, su extraordinaria biografía y un puñado de libros que se mantienen tan rozagantes como el día en que fueron publicados, han obrado el milagro. Y la imagen del escritor que el tiempo va construyendo es la de un hombre cada vez más joven, más sonriente y seductor, más apuesto y gallardo. Él, que asumió su declive físico con un distanciamiento irónico y señorial, hubiera rechazado éste *lifting* con cuatro carcajadas y unos cuantos *oh dear, oh dear* pronunciados en tono de lamento cómico. No le hubiera servido de nada, ni le sirvió en su momento, pues ya en vida, y muy a su pesar, se había convertido en objeto de curiosidad, de culto y de peregrinajes. Y ahora, a dos años de su muerte, parece haber cruzado el umbral de esa Valhalla en la que reposan eternamente héroes y guerreros. Salve, querido Paddy.

Hay razones para que las cosas hayan evolucionado así.

En primer lugar, Patrick Leigh Fermor era un escritor grandioso. Conforme pasa el tiempo, su modo de abordar el mundo -mezcla de erudición, poesía, tolerancia, pasión, humor-, y la riqueza de su prosa devienen algo cada vez más exquisito y raro, joyas a atesorar. También la brevedad de su obra nos la hace más preciosa. Por no hablar de ese libro tan anhelado al que nunca consiguió poner la palabra fin: el volumen que cerraría la trilogía de su peregrinaje por Europa iniciada con *El Tiempo de los Regalos* y *Entre los Bosques y el Agua*. Como todo artista genuino, Paddy fue creador de un universo completo configurado por sus propios paisajes. Y a sus lectores nos hubiera agradado poder deambular en ellos durante más tiempo. Hubiéramos querido, cuando menos, llegar a Constantinopla y luego seguir hasta Monte Athos (y lo haremos, aunque no cómo él tenía previsto\*). Pero nos hemos quedado con las ganas. Algo que sin duda ha servido para alimentar el mito; una obra más prolífica nos

hubiera procurado más satisfacciones pero hubiera espoleado menos nuestros deseos. Así es el amor.

En segundo lugar, Patrick Leigh Fermor tiene una de las biografías más fascinantes -y románticas- del siglo XX y parte del XXI. Niño trasplantado y un tanto asilvestrado, adolescente indomable, joven vagabundo, adulto bohemio, amante del vino y derivados (todos), gran seductor (que no depredador). Guerrillero, agente de la legendaria Resistencia Cretense, diseñador y ejecutor de uno de los secuestros más sonados de la historia militar. Ciudadano honorífico de Grecia. Viajero incansable, filohelena fervoroso y expatriado por elección. ¿Alguien da más?

Por último, y no menos importante, nuestro autor era un encantador de serpientes; una irresistible mezcla de artista, intelectual y hombre de acción, de espíritu inquisitivo y de vividor. Claro que una personalidad tan arrolladora no iba a eludir críticas y cierta hostilidad. Los líos de faldas le metieron en algún que otro aprieto, y también se hizo con unos cuantos enemigos por cuestiones ideológicas (era conservador, y un anti comunista feroz). Pero, en general, sus detractores fueron pocos y quienes le adoraron, muchos más. Culpa de su *charme*. Y de algo aun más eficaz y valioso: la rara habilidad de colorear todo lo que le rodeaba. Donde estaba Paddy había luz, alegría, belleza y vida.

Su biografía, su personalidad y su obra literaria, formaban un todo armónico y muy robusto. Paddy era uno de estos raros casos en los que el hombre está a la altura de su obra. El universo elegante, vivaz, humorístico e inquisitivo de sus libros se fundía a la perfección con su universo personal. Una fusión que se hacía muy patente en su casa de Grecia, lugar que eligió para asentarse tras décadas de nomadismo. El entorno homérico y paradisíaco, la propia casa, el jardín, el mar, los amigos de los que se rodeaba. Todo ello era una construcción que él y Joan, su mujer, habían edificado a la medida de sus sueños. Un sueño, hecho realidad, que en los últimos años él dirigió y presidió en solitario, con mano amable pero firme. Conviene precisar que Paddy era un anciano orgulloso y considerablemente indómito.

Resulta casi imposible eludir las hipérboles cuando se habla de él. Paddy tendía a las exageraciones, algo propio de los grandes vitalistas. Cuando escribía era barroco, denso, a menudo desafortunado. En el trato personal era jovial, rabelesiano; un charlatán incansable, expansivo, juerguista y bebedor de primera.

El día en que murió el mundo se volvió un poco más gris, más inhóspito. Su paleta de colores era generosa, acogedora y, sobre todo, humana a más no poder. Tenía el azul intenso del mar de Libia, y el color caldero de la caleta en la que nadaba a diario. El blanco limpio de los crocus que nacían en los intersticios de las piedras de su jardín y el blanco azulado de su

dormitorio monacal. El color tostado y atigrado de los gatos que le invadían la casa, los reflejos dorados del vino de Messinia y el color sangre de dragón del tinto de Nemea. El rojo vivo de sus calcetines favoritos, y el granate del pañuelo con pintitas que se ponía en el bolsillo superior de su americana cruzada cuando recibía a visitantes formales.

Nos hubiera gustado que fuera eterno, inmortal. En el planeta que él habitaba no cabían la sordidez, ni la maldad ni la mezquindad. Hace años, una vieja amiga suya dijo que Paddy debería ser concentrado "en píldoras", para poder echar mano de ellas en días malos. No hay píldoras "Paddy", pero cuando llegan esos inevitables días torcidos siempre nos queda abrir uno de sus libros, para leer palabras que nos conduzcan hacia ese mundo afable, bondadoso, divertido y radiante en el que él supo vivir. O también podemos cerrar los ojos y agudizar el oído. Y esperar a que aparezcan dos puntitos luminosos -la chispa de sus ojos pícaros-, para luego escuchar el cascabeleo de una voz alegre y tabernaria que repite, una y otra vez, cada día a las mismas horas: *Drink time!*

Nueva bibliografía para fans de Patrick Leigh Fermor:

En verano:

*Patrick Leigh Fermor, la aventura.* Artemis Cooper. (RBA libros). Una biografía detallada y rigurosa; un auténtico banquete para los seguidores del autor. Ya en librerías

*Drink Time! (recordando a Paddy).* Dolores Payás. (Acantilado). Un texto tan breve como afectuoso. Retrato del escritor y su vida cotidiana en la ancianidad. Para Julio.

En Otoño:

*Tres Cartas desde los Andes.* Patrick Leigh Fermor (Elba). Una obra menor y encantadora prologada por Jacinto Antón, introductor y fan número uno de Paddy en España. Fecha indeterminada.

A principios del 2014:

*"Mal encuentro a la luz de la luna"* W. Stanley Moss. (Acantilado). Pura delicia. La narración, en formato de diario, del secuestro del General Kreippe, alto mando alemán de la Creta ocupada. Paddy fue el oficial al mando de la operación, Moss, su segundo y el encargado de llevar la bitácora.

*\*The Broken Road: From the Iron Gates to Mount Athos.* Patrick Leigh Fermor. (RBA. Título español aún por determinar). Paddy no consiguió acabar el tercer libro de su mítica trilogía, pero Artemis Cooper, su albacea literaria, nos ofrece una primera versión del texto.